



PANDEMIA DEL CORONAVIRUS Y PROMESAS DE NUEVA VIDA

Muy queridas hermanas,

Al celebrar la solemnidad de la Santísima Trinidad, gran signo de comunión y de comunicación, siento una alegría inmensa de contactar con cada una de vosotras. ¡Que el misterio de la Trinidad sea el modelo de nuestra vida comunitaria de entrega generosa que implica sacrificios y evoca reciprocidad!

Muchas gracias por vuestras reflexiones sobre mi mensaje de Pentecostés y la meditación de Juan 20. Aprecio mucho estos intercambios porque hacen posible que la vida y el pensamiento circulen.

En esta circular me gustaría compartir con vosotras algunas de mis reflexiones sobre la pandemia del coronavirus y las promesas de nueva vida.

LA PANDEMIA DE COVID-19

La pandemia de Covid-19 ha llenado al mundo entero de miedo e incertidumbre. Como ha dicho Antonio Guterres, Secretario General de la ONU, en una entrevista en línea, hemos pasado por "la crisis y el desafío más grande desde la Segunda Guerra Mundial, ya que la pandemia de coronavirus mantiene a gran parte del mundo todavía firmemente bajo control". A raíz de esta pandemia, ha habido bloqueos en todas partes que han desestabilizado a millones de personas, especialmente jornaleros y migrantes. Para mí ha sido una experiencia desgarradora durante el confinamiento nacional en India, ver a miles de personas incluidas familias con niños pequeños y ancianos, caminar cientos de kilómetros sin agua ni alimentos para regresar a casa. Como el Papa Francisco nos recordaba, "los efectos del confinamiento en las masas –trabajadores asalariados, agricultores y migrantes– están resultando desastrosos. Les ha traído pobreza, sufrimiento e inseguridad". Millones de personas han sufrido por este confinamiento al quedarse sin trabajo de un día para otro. No hace falta decir lo que apreciamos la valentía de los pobres frente a tanta adversidad y pobreza. La crisis ha estimulado a las personas a ser acogedoras y generosas también. La cantidad de historias de sensibilidad humana y la manera en la que las personas se han preocupado unas de otras, es un testimonio potente de lo mejor de la humanidad. Como alguien ha dicho, "el mundo está lleno de gente agradable. Si no encuentras a nadie, SE TU MISMO UNO". La luz de la bondad humana brilla a través de la oscuridad del temor a la pandemia y a sus efectos devastadores. Aprovecho esta oportunidad para felicitaros a vosotras, hermanas de nuestras diferentes provincias, por haber llegado a los no que nadie llega y haber cuidado de los pobres y necesitados.



En la Casa Madre tuvimos la visita del Covid-19 y casi todas contrajimos el virus, pero estamos muy agradecidas a Dios que nos ha evitado los terribles efectos de este virus mortal. Personalmente, tuve una fuerte experiencia de la presencia salvadora de Dios y del cuidado atento de las hermanas y de los miembros de la familia. Algunas de nuestras provincias han sido afectadas también por el virus de varias maneras y con diferentes efectos. Durante los últimos dos meses, once de nuestras hermanas

queridas se han unido al coro de los ángeles en el cielo de las cuales tenemos la confirmación de que cinco habían contraído el Covid-19: las hermanas Carmen Bonelli, Carmen Arocena, Pilar Ruiz y María del Carmen Bonmatí de la Provincia de España. y sor Charlotte de la provincia de los Estados Unidos. Las recordamos a todas con mucho cariño y agradecimiento por sus vidas entregadas y comprometidas. Durante esta pandemia, hemos perdido también a familiares, amigos de la Asunción, compañeros y vecinos. ¡Que descansen en paz y estén siempre en nuestros corazones!

La pandemia ha cambiado algunas dinámicas clave en la Iglesia. Nunca en nuestra vida había sucedido que se nos pidiera permanecer en casa durante las liturgias de la Semana Santa. En muchas de nuestras comunidades no hemos podido asistir a la Eucaristía durante muchas semanas y en algunos lugares aún no se puede. Algunas de nosotras nos hemos formulado preguntas teológicas sobre el significado de esta "participación virtual" en la Eucaristía a través de las transmisiones directas de las liturgias por los medios de comunicación, celebradas en iglesias casi vacías. También en nuestro campo pastoral, hemos tenido que experimentar nuevas formas de enseñanza, especialmente en lugares donde las clases en línea son imposibles debido a la falta de internet y otras instalaciones para el personal docente y los alumnos. Además, nos estamos enfrentando todos con desafíos económicos y nuestras comunidades religiosas también. El largo confinamiento ha afectado a nuestras comunidades que dependen de los ingresos de los huéspedes de las casas de retiros, de las alumnas de los internados, colegios o sesiones varias. Nos vemos obligadas a hacer algunos ajustes y cambios a este respecto y a probar cosas nuevas.

Los bloqueos, con menos restricciones, podrían continuar durante meses ya que nadie puede predecir el final de esta crisis: cuándo va a desaparecer esta enfermedad o cuándo va a estar lista la vacuna y disponible a escala mundial. En tanto que los países se abren nuevamente y las personas reanudan su vida normal, los expertos advierten de una segunda ola de infecciones por coronavirus en el invierno. Mike Ryan, uno de los expertos en emergencias de la OMS, ha dicho durante una sesión informativa en línea: "este virus podría convertirse en otro virus endémico en nuestras comunidades". Esto implicaría tener que aprender a vivir con el Covid-19 en los próximos meses. ¿Qué nos dice la situación actual a cada uno? ¿Cómo nos estamos preparando? ¿Qué lecciones importantes hemos aprendido de esta pandemia? ¿Cómo serán nuestras comunidades cuando todo esto termine?

PROMESAS DE NUEVA VIDA

Todos nos hemos estado preguntando cómo seremos después de esta pandemia. Me gustaría compartir con vosotras algunas de mis reflexiones sobre el COVID y su impacto en nuestra vida consagrada en el período posterior a la pandemia. Mi fe sencilla me da la convicción de que Dios siempre está haciendo algo bueno por nosotros, aunque hoy no lo entendamos. ¿Cómo ha intervenido Dios en tu vida a través de esta pandemia? ¿Qué obra buena ha hecho Dios en ella? ¿y en la vida de tus comunidades? ¿Qué has hecho de bueno por ti y por los demás?

Esta pandemia ha sido una experiencia totalmente nueva para todos nosotros, ya que ninguno de nosotros ha vivido un momento en que gran parte de nuestro mundo se haya estancado así. Pero hemos triunfado después de cada crisis y hemos aprendido lecciones de cada crisis. Esta vez no será diferente. Es un momento para la interiorización y para algunas relecturas interiores serias. Alguien ha comentado: "la pandemia del COVID-19 ha afectado al mundo como un tsunami". Sí, el COVID-19 no respeta límites de clase o credo. Al virus no le interesa la nacionalidad, la raza, el color, el origen

étnico, el estado, la riqueza, la nobleza y la religión. Ataca implacablemente y en general e a todos los miembros de la familia humana. El virus trata a todos por igual y presenta un desafío a algunas de nuestras actitudes y comportamientos discriminatorios. Espero que veamos el universo y la familia humana desde una nueva perspectiva. Personalmente, no puedo creer cómo el mundo entero, es decir, más de siete mil millones de personas, haya podido cambiar en pocos días cumpliendo el distanciamiento social, usando máscaras faciales y acostumbrándose a trabajar desde casa, a participar en conferencias en línea, por Zoom y en liturgias virtuales. Creo que muchas cosas cambiarán en el período posterior al COVID, incluida nuestra forma de vida: nuestro sentido de pertenencia, nuestras celebraciones litúrgicas, nuestros sistemas y políticas educativas, nuestra misión social y pastoral, el tipo de conferencias internacionales, los viajes internacionales, las costumbres alimenticias, las culturas y las tradiciones.

En todos los Capítulos generales, hemos expresado el deseo de reducir velocidad y de humanizar nuestro ritmo de vida, pero nunca lo habíamos logrado, hasta que este virus invisible nos ha obligado a reducir un poco la velocidad y a encontrar tiempo para nosotras mismas. A todas nos ha alegrado tener algo de tiempo personal para procesar e interiorizar los cambios sucedidos. Como algunas Hermanas me han compartido: hemos aprendido a centrarnos más en lo esencial de la vida. La experiencia del “solo Dios” de Santa María Eugenia se ha hecho más real. Vivir confinadas nos ha brindado la oportunidad de observar más detenidamente lo que sucede dentro de nosotros. Ha sido un momento de recuperar nuestro espacio espiritual. Nos ha infundido un anhelo de conexión espiritual con Dios y de solidaridad social con la familia humana. Nos ha animado a apreciar el arte de la lectura y a iniciar formas creativas de reinventarnos en nuestras respectivas comunidades.

Sin otra opción hemos sido conducidas a examinar comunitariamente otras formas de vivir nuestra llamada religiosa. Tenemos un sentido renovado de pertenencia: no estaremos sanas sin que todas estén a bordo. La pandemia del Covid-19 nos ha expuesto ante el desafío de superar nuestra mentalidad individualista. Hemos tenido que renunciar a nuestros privilegios y libertades personales para someternos a las decisiones de los gobiernos para nuestra propia seguridad y la de los demás. Nos ha dado la oportunidad de ser más conscientes de nuestra interconexión y fragilidad colectiva. Nos ha invitado a pasar del egocentrismo a nuestra mutua pertenencia e identidad social.

Los períodos de bloqueo caracterizados por el distanciamiento social y el aislamiento nos han llevado a una cercanía social virtual o en línea, porque hemos tratado de mantenernos más conectados a través de las redes sociales y la socialización digital. Parece que hay una nueva conciencia de unirnos en la distancia. Podemos compartir el espacio en la misma sala de conferencias por Zoom, pero estamos separados y a kilómetros de distancia. En este contexto es importante hacer una distinción clara entre aislamiento y soledad. Si bien el aislamiento se refiere a una experiencia de desconexión, independientemente de estar rodeado de personas o no, la soledad es una elección personal para estar en contacto con nuestro verdadero yo a un nivel más profundo. Esto genera crecimiento, libertad interior y madurez. Por lo tanto, hasta cierto punto, no estábamos aislados, sino en soledad.

Los ambientalistas dicen que el confinamiento ha disminuido realmente la contaminación del aire y mejorado su calidad. ¿Nos anima esto a ir hacia un estilo de vida más responsable con el medio ambiente? Parece que la naturaleza nos ha sonreído pidiéndonos que subsanemos las costumbres que perturban su ecosistema. En resumen, hay una llamada a optar por un estilo de vida con una mayor inversión en bienestar social y ecológico.

Como os escribí en el mensaje de Pentecostés 2020, invito a cada hermana, a cada comunidad, provincia / región a tomar un tiempo y crear espacios para:

- releer la experiencia de la pandemia a la luz de vuestra experiencia fundacional de Dios.
- discernir nuevas llamadas y nuevos aspectos de vuestra misión en este período pandémico y postpandémico.
- organizaros en respuesta a las nuevas llamadas de esta pandemia de coronavirus y sus secuelas.
- estudiar nuevas formas del modo de ser RA o de la Cultura RA para hoy.

Necesitamos preguntarnos: ¿Qué tipo de impacto tendrá la pandemia en nuestra vida consagrada? ¿Cómo combatir el miedo a la "incertidumbre y a lo desconocido" que se ha cobrado un alto precio en todas partes? ¿Cómo nos adaptamos a nuestros planes "en constante cambio"? ¿Qué tipo de impacto tendrá el bloqueo y su posterior recesión para el funcionamiento de nuestras escuelas, colegios e instituciones, así como para nuestra misión socio-pastoral? ¿Qué cambios necesitamos hacer en nuestros planes de viajes y programas internacionales e intercontinentales, como sesiones, asambleas, reuniones y celebraciones?

Es un *kairos* un momento privilegiado para el cambio. La experiencia de la pandemia nos ha enseñado que los cambios rápidos son posibles y que podemos hacer las cosas de manera diferente. Esto nos impulsa a examinar nuevas formas para que haya una diferencia en nuestras vidas y en las de los demás: las personas con las que vivimos y a quienes servimos en nuestros respectivos campos apostólicos.

Tenemos que rezar por el mundo en estos tiempos difíciles. Hay tanto sufrimiento por la injusticia permanente como por los así llamados desastres naturales. En nuestra mente está muy reciente el brutal asesinato de George Floyd a manos de un oficial de policía y las protestas a nivel nacional contra la injusticia racial en los Estados Unidos. Nuestra oración y pensamiento van también a los afectados por las inundaciones del El Salvador, Nicaragua y Guatemala, así como a los han sufrido los devastadores ciclones de Bangladesh y de la India. ¡Que todos puedan experimentar la presencia sanadora y consoladora de Dios!

Cuando comencé a escribir esta circular, no pensé que iba a ser tan larga. Pero estas son algunas de las reflexiones que se han desbordado en mi mente, planteando un reto a mi corazón, durante el período de encierro en la Casa Madre.

Os llevo a cada una siempre en mi oración y sé que, en nuestro caminar juntas, me lleváis también en la vuestra.

¡Con todo mi cariño y bendiciones!



Hermana Rekha, r.a.,
Superiora general

Auteuil, 7 junio 2020